

LA VIDA EN ZONA ROJA

Uno no se acostumbra a la muerte

La enfermera que devino especialista en Medicina Intensiva y Emergencias, la doctora Anay Pérez de Ordaz Álvarez, lidera hoy la comisión de expertos que brinda seguimiento a los pacientes graves y críticos afectados por la covid en el Hospital Provincial General Camilo Cienfuegos

Enrique Ojito Linares

Trata de cerrar la mente, como si ello fuera coger una llave, ponerla en el cerrojo y punto; sin embargo, los sonidos en aletazos de los monitores de la terapia siguen encajados en la cabeza de la doctora Anay. Nancy, su madre, lo sospecha desde el cuarto contiguo y, como la noche anterior, vuelve a la cama de la joven. Le pasa la mano por la cabeza sin prisa, y los sonidos se van de a poco; pero se van.

Solo, entonces, ve en sueños a Osmany, el hijo mayor, sobre el ring intentando derribar al contrario en una olimpiada; aunque, en honor a la verdad, la especialista en Medicina Intensiva y Emergencias del Hospital General Provincial Camilo Cienfuegos, de Sancti Spíritus, no asimiló de buena gana, al principio, que matriculara en boxeo en la EIDE Lino Salabarría.

Al final, Anay Pérez de Ordaz Álvarez consintió la sana terquedad del muchacho; a fin de cuentas, ¿de quién la habrá heredado?, si ella, junto a sus colegas, persiste en darle pelea a la covid, que quiebra vidas como si estas fueran finos cristales. “Uno no se acostumbra a la muerte”, subraya.

Ante la previsible interrogante, lo ilustra. Al paciente le decían El Flaco de Fomento; pese a que no le faltaban libras en aquel cuerpo cuyos pies casi rebasaban su cama en terapia. Le diagnosticaron una hipoxemia feliz; calificativo que puede confundir a quien no haya puesto un pie en un aula de Medicina y, como usted quizás se encuentre en este último caso, se lo deletreamos: se trataba de una persona con baja saturación de oxígeno sanguíneo, que, contradictoriamente, no presentaba dificultad para respirar. La verdad la delataba aquella radiografía blanca, blanca, blanca, repite Anay para reforzar la idea de que el



Anay prefiere la atención directa al paciente. /Foto: Cortesía de la entrevistada

hombre de 33 años tenía los ojos abiertos de casualidad.

—Te vamos a poner un tubo por la boca y, cuando despiertes, vas a estar sin este.

Se lo alertó con la llaneza y las palabras justas, propias de los consagrados; si bien la joven, de 40 años, llevaba apenas seis como egresada de la carrera. No había otra alternativa que apelar a un coma inducido. Anay lo acopló y le “trabajó” —ese es el verbo y no otro— la ventilación mecánica artificial, como el hermano que no tuvo. “Cuando el PCR le dio negativo —recuerda—, se lo entregué a mis

profesores de Terapia Intensiva”.

—Anay, tranquila, este sí se salva, la alentó el doctor Yilier Ramírez, luego de examinar con detenimiento la radiografía.

Y recordó a su “tutor de toda la vida”, el doctor Ángel Calderón Chongo, hoy en Jamaica, y al doctor Vladimir Herrera, en Islas Seychelles, “también muy riguroso”.

Justamente, cuando ella se desempeñaba como enfermera en Terapia Intensiva —profesión que ejerció durante 12 años—, más de un doctor de allí —por el ojo clínico que le asiste a todo buen médico— la animó a estudiar Medicina.

Con el título en mano, que nadie adoró como su abuela Aurora, volvió a Terapia, de donde nunca partió, pues en dicha sala hizo la ayudantía. “Me gusta trabajar con los pacientes difíciles; de entrada, no hablan, a veces están estupefactos. Hemos aprendido a leer su mirada; el rostro de un paciente dice mucho”, lo asegura, después de arrancarle vidas al SARS-CoV-2, en unión de otros colegas, lo mismo en la principal institución sanitaria espirituaña que en el Hospital Militar Comandante Manuel Fajardo Rivero, de Villa Clara.

“Allá también compartí con profesionales muy buenos; trabajé con enfermos ventilados —rememora—. A las nueve de la noche, yo decía: Ahora nos están aplaudiendo”.

Sucedía en Santa Clara, en Sancti Spíritus, en la casa de Anay, en la calle Bayamo. La aplaudía su hijo Axel Daniel, de siete años, quizás sin la idea exacta de qué significan las vidas salvadas por su mamá, quien siempre encontraba tiempo para las videollamadas con la familia.

—Axel, ¿qué letra aprendiste hoy en las teleclases?, le insistía a través de WhatsApp.

Más de una vez acudió a Santa Clara, y de vuelta, a la Sala de Terapia Intermedia del Hospital General Camilo Cienfuegos, donde se asume la atención a contagiados graves y críticos desde marzo último, decisión que conllevó a la reestructuración de los servicios hospitalarios. “Cuando empecé en la Zona Roja de aquí, atendí hasta nueve pacientes ventilados. Llegué a trabajar 10 días sin parar”, reconoce.

Una mañana de abril, sintió congestión nasal; una cucharada de azúcar blanca podía ser de sal, y una taza de café olía lo mismo que un sorbo de malta. Se le juntó el cielo con la tierra. En puro trámite

se convirtió la prueba diagnóstica para confirmarle que integraría las estadísticas de los espirituaños infectados con el virus.

“A veces, por cansancio, se cometen errores. Me ingresaron en la UTC (Unidad de Tratamiento Colérico, readaptada para tales funciones), porque había atendido a pacientes ventilados con una carga viral muy alta. Me dolió enfermarme en mi hospital; confieso que me sentí fracasada profesionalmente. Les agradezco mucho a mis compañeros y a mi mamá que me levantaron la autoestima”.

Y como esta espirituaña no es de las que deponen las armas tan fácilmente, a su retorno a la institución sanitaria, aceptó liderar la comisión de expertos que brinda seguimiento a los pacientes graves y críticos, compuesta por profesionales de varias especialidades como Hematología, Cardiología, Nefrología, Imagenología y Neurología, quienes discuten la conducta a seguir con cada enfermo en dependencia de su evolución y sus comorbilidades.

¿No le teme a una mala decisión?

“Nos esmeramos para no tomar malas decisiones; por eso la importancia de la labor de la comisión. En nuestra profesión, el trabajo en equipo resulta fundamental”.

Para la especialista en Terapia Intensiva y Emergencias, cada momento de enfrentamiento a la pandemia ha sido tenso en este servicio hospitalario; “todas las vidas que uno tiene delante son importantes”.

Pero, ¿a cuál paciente usted ha llorado más?

“A Léster (Cabrera Chávez); nos formamos juntos como enfermeros. Combatió la covid en Turín (Italia) y murió aquí. Eso es duro, muy duro”.

De nuevo, intenta cerrar la mente; vuelve Nancy a su cama, y el sonido del monitor se va en aletazos.

Un espirituaño en el Harrison Point

En ese hospital de la isla de Barbados, el médico intensivista David Carvajal apoya la batalla contra la covid desde hace más tres meses

Arellys García Acosta

En la tinta negra sobre el traje blanco anticovid puede leerse: “David”. La foto, tomada minutos antes de entrar a la Zona Roja del hospital Harrison Point, en la parroquia de San Lucy, en Barbados, es apenas el primer trazo del día que comienza para el especialista de primer grado en Medicina Intensiva y Emergencia que por horas pone la ciencia y el corazón a favor de la vida.

El espirituaño David Carvajal Lumpuy, integrante de la brigada Henry Reeve, salva y también ve morir; lidia contra el cansancio y los miedos frente a un virus

que ya deja demasiadas muertes, demasiados vacíos en este mundo.

“En la terapia intensiva se libra, quizás, la pelea más difícil”. Así lo escribe sin titubear, y habla de la medicina del detalle y la decisión en equipo de cada conducta a seguir con los pacientes graves, en ocasiones acoplados a un respirador artificial y bajo efectos de sedantes.

Habla del traje de protección personal de uso obligatorio dentro de la Zona Roja, de lo incómodo y, al mismo tiempo, de lo salvador que resulta; del poder que ha tenido la mirada para sobrepasar la placa de las caretas y llegar como bálsamo a los enfermos.

Habla de las barreras del idioma, de las

nociones de inglés que bien les han servido y del dialecto Bajan, aprendido sobre la marcha durante los más de tres meses de intercambio con pacientes y médicos del norte de la isla barbadense.

El doctor David tiene 33 años y semeja, por el peso de sus palabras, tener más experiencias vividas. Puede llegar a ser un prominente intensivista; lo aseguran sus compañeros del Hospital General Provincial Camilo Cienfuegos, de Sancti Spíritus, quienes lo extrañan por estos días en que aquí también se acorrala la muerte con fuerza titánica, y en cada traje, en la parte izquierda sobre el corazón, se escribe en tinta fresca el nombre de cada valiente.



El doctor Carvajal se adiestró rápidamente en el manejo de la tecnología existente en el hospital barbadense. /Foto: Cortesía del entrevistado